





100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂ por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería ecológica: el 100 % de las recogidas y buena parte de las entregas se hacen andando o en bici. Para las entregas que no se pueden hacer sin medios motorizados hemos elegido a la mensajería con el plan de reducción de emisiones más ambicioso para 2025.



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

CÓMO DINAMITAR UN OLEODUCTO

NUEVAS LUCHAS EN UN MUNDO EN LLAMAS

ANDREAS MALM

TRADUCCIÓN DE DAVID MUÑOZ MATEOS


errata naturae

ÍNDICE

PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2022
TÍTULO ORIGINAL: *How to Blow Up a Pipeline*

© Andreas Malm, Verso Books, 2021
© de la traducción, David Muñoz Mateos, 2022
© Errata naturae editores, 2022
C/ Sebastián Elcano 32, oficina 25
28012 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-17800-99-4
DEPÓSITO LEGAL: M-36179-2021
CÓDIGO IBIC: RN
IMAGEN DE PORTADA: Roc Canals
MAQUETACIÓN: A. S.
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

PRÓLOGO.	
YA NO HAY EXCUSAS PARA LA INACCIÓN	9
APRENDER DE LUCHAS PREVIAS	13
ROMPER EL HECHIZO	93
LUCHAR CONTRA LA DESESPERACIÓN	185
AGRADECIMIENTOS	221

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

PRÓLOGO.
YA NO HAY EXCUSAS PARA LA INACCIÓN

Terminé este libro poco antes de que irrumpiera en nuestra existencia el virus conocido como covid-19. Escribo estas líneas mientras la pandemia acaba con la vida de unas dos mil personas cada día en todo el mundo. Se ha cobrado también víctimas políticas; entre ellas, el activismo climático. La movilización por el clima, que crecía imparable, sin final previsible en el horizonte, se vino abajo instantáneamente tras el estallido de la pandemia. Las marchas que habían recorrido el planeta en 2019 se suspendieron. Antes de que confinaran la mayor parte de Europa, me reuní en Ámsterdam con unos compañeros que llevaban un año preparando una de las acciones colectivas más emocionantes de los últimos tiempos, la llamada Shell Must Fall [Shell debe caer]. Su intención era irrumpir en la reunión anual de los accionistas de Shell, que, según los propios organizadores, iba a ser la última de

ese tipo. No tardaron en darse cuenta de que no podrían ejecutarla. En Berlín, desde donde escribo, la coalición que coordina el movimiento Ende Gelände, que también tenía grandes planes para 2020, tuvo que suspender todas las asambleas; Extinction Rebellion canceló, asimismo, las dos semanas de acampada-protesta que estaba organizando en el centro de la ciudad. Antes de la covid-19, el movimiento climático apuntaba a cotas cada vez más altas de participación popular, pero ahora las masas, que son el combustible que alimenta toda movilización social, suponen un riesgo tan grande para la salud que ha habido que ilegalizarlas. Cualquiera diría que es una fuerza malévola la que se ocupa del destino del mundo.

La otra cara de la moneda implica que el capitalismo global también se ha visto obligado a cerrar el tinglado, algo por completo inaudito. De ahí surge una oportunidad. Por tanto, está previsto que las emisiones se desplomen —de nuevo, como en la crisis financiera de 2008, por motivos que nada tienen que ver con la política climática—, lo que es, en sí, algo positivo. Y nadie considerará una locura la intervención estatal en la esfera de la propiedad privada. Al final, de todo esto deduciremos que si una pandemia puede hacer que los gobiernos lleven a cabo acciones extraordinarias, ¿por qué un colapso ambiental, que supone una amenaza para la vida en el planeta y los sistemas que la sustentan, no iba a hacer lo mismo? Cuando esto pase, ya no habrá excusas para la inacción.

No estoy diciendo que vayan a surgir, como por arte de magia, medidas climáticas de un modo inminente, ni que

los toques de queda y las industrias cerradas y los aeropuertos inactivos vayan a convertirse en el primer paso de la transición hacia el fin de los combustibles fósiles. Creo, más bien, que deberíamos prepararnos para todo lo contrario: en cuanto la pandemia se debilite, el capitalismo fósil de siempre regresará con su fuerza habitual. Los fabricantes de automóviles estarán impacientes por poner en marcha la cadena de producción, las aerolíneas por que sus aviones enciendan sus motores y las empresas de gas por beneficiarse de un nuevo incremento de precios. La oportunidad que brinda la crisis del coronavirus para el ahorro energético no se materializará por sí sola, sino que serán necesarios un esfuerzo y una acción conscientes para llegar a sacarle partido.

Puede que el movimiento climático se encuentre en hibernación. Que esté guardando, como el resto del mundo, cuarentena temporal, pero, si no quiere ceder terreno, debe imponerse con toda su fuerza en cuanto se relajen las medidas de este particular estado de emergencia. Hemos ganado o perdido tiempo con esta crisis, la lucha contra la catástrofe climática es aún un asunto prioritario. Quizá la pandemia nos acompañe un par de años. Quizá más. O quizá la vacuna nos permita paliar sus efectos. Sin embargo, el calentamiento global no hará más que empeorar hasta que se ponga fin a las emisiones de gases de efecto invernadero y comiencen a bajar los niveles de dióxido de carbono en la atmósfera. Nada nos inclina siquiera a suponer que tal cosa vaya a suceder sin ayuda —que el capital fósil pueda morir de muerte natural—, lo

que significa que el movimiento climático será aún más necesario, históricamente, dentro de un año, de dos, de cinco. Y las decisiones tácticas sobre las que reflexiona este libro volverán a ponerse sobre la mesa.

Quiero creer que los argumentos que aquí propongo tienen bastantes posibilidades de sobrevivir a la pandemia. No parece probable que vaya a disminuir la necesidad de un activismo combativo. Mi esperanza, pues, es que los debates que planteo en estas páginas sean útiles para el movimiento en la fase poscoronavirus, o incluso en una fase en la que nos veamos obligados a convivir con la covid-19 o alguna otra pandemia. El sabotaje, al fin y al cabo, no es incompatible con el distanciamiento social.

Berlín, finales de marzo de 2020

APRENDER DE LUCHAS PREVIAS

Era el último día de las negociaciones y estábamos preparados para la acción más arriesgada hasta la fecha. Llegábamos una semana durmiendo en un pabellón ruinoso en la zona este de la ciudad. Mis amigos y yo habíamos llegado en un autobús destartado —en mitad de la noche, y mientras viajábamos, se le había caído el tubo de escape—, pero en cuanto nos acomodamos en la pista del centro deportivo y entramos en un mundo alternativo, un mundo en el que el capitalismo y sus dinámicas habían quedado suspendidos, sentimos el subidón de adrenalina. Un equipo de cocina comunal preparaba comida vegana para el campamento. Había asambleas abiertas a todo el que tuviera algo que decir. En uno de los talleres, un hombre de Bangladesh resumió las devastadoras consecuencias del aumento del nivel del mar en su país; en otro, los delegados de los pequeños Estados insulares nos

transmitieron sus reclamaciones y su apoyo. Mis amigos y yo nos reunimos con el ministro de Medio Ambiente de nuestro país para exigirle que planteara unos objetivos más exigentes. Al fin y al cabo, los datos científicos no dejaban lugar a dudas desde hacía tiempo.

Uno de los días anteriores salimos de distintas bocas de metro para cortar el tráfico pertrechados con unas pancartas en las que pedíamos que se acabara con las emisiones. Había activistas tocando guitarras y violines mientras otros bailaban; algunos hacían malabares o regalaban semillas de girasol a motoristas cabreados. No teníamos la menor intención de enfrentarnos a la policía, ni a la policía ni a nadie: preferíamos que nos arrestaran antes que lanzar una botella o una piedra. Al día siguiente, representamos una elaborada obra de teatro callejero en mitad de una autopista. Nos tumbamos en el asfalto vestidos de árboles, de flores y de animales, mientras por encima de nosotros pasaba un vehículo hecho de cartón y madera que simbolizaba las dinámicas avasalladoras del capital. Otros participantes, disfrazados de delegados de la ONU y sosteniendo unos carteles en los que podía leerse: BLA, BLA, BLA, caminaban también sobre los que estábamos allí tirados. No pasamos de ahí.

Hasta que llegó el último día de las negociaciones. En autobuses alquilados, unas quinientas personas nos acercamos todo lo que nos permitieron al lugar de la asamblea. A la señal, caminamos todos juntos hacia el edificio con la intención de evitar que los delegados salieran, encadenándonos a las puertas, tirándonos en el suelo. No

dejábamos de corear: «Basta de palabras... ¡Acción ya! Basta de palabras... ¡Acción ya!».

Era 1995. Nos encontrábamos en Berlín, donde se celebraba la COP1, la primera de una serie de cumbres climáticas anuales organizadas por Naciones Unidas. Los delegados consiguieron escabullirse del edificio por una puerta trasera. Desde entonces, el total de las emisiones anuales de CO₂ ha aumentado un sesenta por ciento. El año en que tuvo lugar aquella cumbre, la quema de combustibles fósiles expulsó más de seis gigatoneladas de carbono a la atmósfera; en 2018 fueron más de diez. En los veinticinco años que han pasado desde entonces hemos liberado más carbono de las reservas subterráneas que en los setenta y cinco años previos¹.

Después de la COP1, Estados Unidos se lanzó a un frenesí de extracción de combustibles fósiles. Recuperó la primera posición como productor mundial de petróleo y gas y ha desarrollado la red nacional más extensa de gasoductos y oleoductos, superando el millón de kilómetros nuevos, multiplicando y alargando las tuberías que siguen echándole combustible el fuego². Alemania ha continuado extrayendo casi doscientos millones de toneladas de lignito —el combustible fósil más contaminante— al año. Las minas a cielo abierto proliferan sin freno; se arrasan bosques y pueblos enteros para perforar la tierra, para imponer la implacable negrura de las explotaciones, para que las excavadoras continúen con la extracción y las llamas sigan creciendo. Después de la COP1, Suecia, mi país natal, dio luz verde a uno de los mayores proyectos

de infraestructuras de su historia, una inmensa circunvalación que rodea Estocolmo. Nada que pueda sorprendernos, solo una nueva autopista para que más coches escupan a la atmósfera más millones de toneladas de dióxido de carbono. En abril de 1995, el mes en que se clausuró la COP1, la concentración atmosférica de CO₂ era de 363 partes por millón. En abril de 2018, superaba las 410 ppm³.

Una nube de humo se extiende en este preciso instante por Siberia. Su origen está en los incendios que se han producido en el Círculo Polar Ártico, de una magnitud y virulencia desconocidas hasta el momento. Durante varias semanas, las llamas han arrasado lo que deberían ser los bosques más fríos de la tierra y las columnas de humo han dado lugar a una gigantesca formación de hollín, cuya dimensión es equiparable a la de todo el territorio de la Unión Europea⁴. A la vez que esta avanza, grandes franjas del Amazonas arden a una velocidad como nunca antes se había visto para quedar reducidas a cenizas.

Decir que a las clases dirigentes del mundo estas señales les han entrado por un oído y les han salido por el otro sería quedarse corto. Al parecer, han perdido el poco sentido común que alguna vez debieron de tener. No les molesta el olor de los árboles quemados, no les preocupa que desaparezcan las islas, no huyen del rugido de los huracanes que se avecinan, sus dedos no necesitan acariciar los tallos de las cosechas arruinadas, sus bocas no se quedan pastosas y resacas tras un día entero sin beber. Apelar a su razón y buen juicio sería, obviamente, inútil. A la luz de las tres últimas décadas, ha quedado demostrado que

la única respuesta que las clases dominantes pueden dar ante la catástrofe es la de acelerarla; por sí solos, siguiendo su propia inercia, solo son capaces de seguir alimentando el fuego, hasta el final.

Nosotros tampoco hemos cambiado. Nos las ingeniamos para vivir a base de soluciones sostenibles. Preparamos comida vegana y celebramos asambleas. Nos manifestamos, hacemos huelgas, representamos teatrillos, entregamos peticiones en los ministerios, nos encadenamos y volvemos a manifestarnos al día siguiente. Somos perfecta e intachablemente pacíficos. Pero hay una desesperación diferente en nuestras voces; ahora hablamos de extinción, de que no hay futuro. Y por lo general todo sigue igual, como antes, como siempre.

¿Cuándo nos atreveremos a pasar al siguiente nivel? ¿Cuándo llegaremos a la conclusión de que es necesario cambiar de estrategia? ¿Cuándo empezaremos a atacar las cosas que consumen nuestro planeta, a destruirlas con nuestras propias manos? ¿Hay, en verdad, motivos que justifiquen haber esperado tanto?

En el verano de 2017, la temperatura en el golfo de México alcanzó niveles sin precedentes⁵. Las aguas superficiales nunca habían estado tan cálidas. Cuando empezaron a formarse los huracanes estacionales y los vientos giraron y se arremolinaron en inmensas espirales, parte de esa energía sobrante les sirvió de combustible para desencadenar una fuerza y unas precipitaciones de un enorme

poder destructivo. El 18 de septiembre, el octavo huracán de la temporada, al que le habían dado el nombre de María, pasó de categoría 1 a categoría 5, repentina, explosivamente, adoptando la forma de una monstruosa hoja de sierra, tal y como aparecía en las imágenes de los satélites. Cruzó la isla de Dominica, en el mar Caribe, a toda velocidad, destruyéndolo todo a su paso. La selva tropical que cubría las colinas quedó arrasada, los árboles arrancados acabaron en el mar y la isla perdió todo su emblemático verdor en unas pocas horas; los edificios salían volando como chozas de paja. Según las estimaciones, los daños fueron muy graves e incluyeron la destrucción completa de entre el sesenta y el noventa y siete por ciento de las viviendas. Montañas de escombros se acumulaban a lo largo de la isla: tejados, ladrillos, muebles, cables, cañerías, la infraestructura de la nación al completo⁶. Entre aquellos que perdieron su hogar se encontraba el primer ministro del país, Roosevelt Skerrit, que, cuatro días después de que María arrasara la tierra, subió al estrado de la Asamblea General de Naciones Unidas.

No es habitual ver a un jefe de Estado dirigirse a la asamblea en tal estado de agitación. Skerrit hablaba de sí mismo como si acabara de llegar del frente. «¡En Dominica hoy cavamos tumbas!», exclamó. «Ayer muchos enterramos a nuestros seres queridos y estoy seguro de que mañana, cuando regrese, encontraremos nuevas víctimas. ¡Nuestras casas están destruidas! ¡Nuestros edificios no tienen techo! ¡Todos nuestros cultivos se han arruinado! Donde había vegetación solo queda polvo y barro».

Con los datos científicos en la mano, explicó a los líderes mundiales que las altas temperaturas de los océanos alimentan las tormentas, sobrecargándolas y convirtiéndolas en armas de destrucción masiva. Pero esas temperaturas no eran consecuencia de la acción de los pueblos del Caribe. Dominica era una isla habitada casi exclusivamente por descendientes de esclavos y por los supervivientes de las poblaciones indígenas. La suya era una nación empobrecida, distinta en todo a Nueva York o Londres, cuyas emisiones vinculadas al uso de combustibles fósiles eran tan nimias que ellas solas no habrían dejado rastro alguno en el planeta. «¡La guerra ha llamado a nuestras puertas!», gritó Skerrit, conteniendo a duras penas el dolor. «Sufriremos las secuelas de acciones ajenas. Acciones que ponen en peligro nuestra misma existencia... Y todo para que unos cuantos se enriquezcan lejos de nuestro país». Hizo un llamamiento desesperado a la asamblea. «Hay que pasar a la acción —acción, es decir, reducir las emisiones—, ¡y hay que hacerlo YA!»⁷. Sabía a qué clase de personas se estaba dirigiendo. La retórica bélica resultaba apropiada; como un misil teledirigido, el huracán María abandonó Dominica para continuar hacia Puerto Rico, donde se repitieron las escenas de inundaciones y aludes de lodo que arrasaban pueblos y se llevaban por delante numerosas vidas. El Gobierno declaró sesenta y cuatro víctimas oficiales, pero varios equipos de investigación independientes demostraron que se habían producido entre tres y seis mil muertes⁸. En Dominica no se realizaron evaluaciones similares.